

Juan Alberto Blanco Puentes*

(Pontificia Universidad Javeriana)

(Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca)

Noche oscura del alma¹, de Carmen Vincenti: el eterno eco de la memoria colectiva

Después de conocer a Isabel y su familia en la novela *En cuerdas de cristales de arena* (2000), le siguió la historia de Susana, Sabrina y Silvia en *Y la sombra como siempre detrás de sí misma* (2001), ahora, a nuestras manos ha llegado la historia de Adriana, contada en *Noche oscura del alma* (2005) de Carmen Vincenti. La tercera novela, de una “saga” escritural que comenzó en otro tiempo y con otro nombre Carmen Bustillo², es una mezcla de voces en contrapunto que se combinan para llamarnos la atención en relación con la movilidad de la naturaleza.

Desde el comienzo, es decir, desde la portada se recurre a la imaginación para entrever a través de las tablas de madera que nos aíslan como lectores de la tenebrosa oscuridad que se cierne sobre el horizonte. Pero gracias a los intersticios del viento, los hilos de la memoria son los únicos que se atreven a sostener la solidez del mundo. Los hilos recuerdan a Ersilia, una de las ciudades de invisibles de Italo Calvino, pues allí los tipos de relaciones que sostenían sus habitantes le daban el color a los

* Escritor y ensayista. Profesor de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Lector-evaluador de tesis. Magíster en Literatura de la Pontificia Universidad Javeriana y Licenciado en Lingüística y Literatura de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas. E-mail: jblancop04@unicolmayor.edu.co

1. Vincenti, Carmen. *Noche oscura del alma*. Mérida: El otro el mismo, 2005.

2. Autora de *Una geometría disonante. Imaginarios y ficciones* (2000), *La aventura metaficcional* (1998), *El ente de papel* (1995), y de, *Barroco y América Latina. Un itinerario inconcluso* (1990).

hilos que se establecían como señal del vínculo entre sí. No existe punto de comparación, más bien punto de referencia, para establecer significados, los hilos aparentemente fijos perforan milimétricamente los laterales de la madera. Quizás la “telaraña” que se teje disonante con el mundo, sólo sea para decirnos cual insondables son los recuerdos del alma.

Después de la primera impresión viene la segunda, “A las voces y las miradas, a los objetos y las palabras que ya no están”; después, el prólogo –Polifonía e intertextualidad en *Noche oscura del alma*, de Antonieta Madrid–, visto como lo que es, otro hilo, pero más fuerte; nos encaminamos, con la voz lejana de Octavio Paz y de San Juan de la Cruz, por la historia tripartita de Adriana, quien, testigo ocular y sensorial de un suceso que marcó la naturaleza venezolana, revierte en sí misma no sólo la voz de los demás, sino la voz del mundo, con su propio tiempo y con su propio afán.

Un aprecio por el tiempo, medido en instantes, que conjugados tratan de establecer el puente entre la eternidad que va más allá del infinito, la inmortalidad. Tiempo sugerido y caracterizado desde los títulos de los capítulos: Acaso, Además, Ahora, Allá, Antes, Apenas, Así, A tientas, Aún, Casi, Cómo, Cuando, Cuanto, Después, Durante, En tanto, Entonces, Hoy, Jamás, Junto, Lentamente, Luego, Mañana, Mientras, Nadie, Siempre o nunca, También, Tampoco, Tanto cuanto, Todavía. Esta profusión de términos-título, comulgan entre sí para llevarnos desde cualquier lugar de la novela, al comienzo de la misma. Como si la historia no sólo se revirtiera desde el mundo, sino también desde el texto. Escritura, en apariencia, disonante en la oscuridad, pero armoniosa como el eco del recuerdo.

Un recuerdo personal, pero a la vez compartido, no sólo con otros seres, sino con otras voces, expresiones si no sentidas como la de Adriana, si reales, pues ven el mundo desde afuera. La estructura tripartita de la novela además, de recoger los tres tiempos verbales básicos –pasado, presente y futuro–, reconoce en la voz ajena la fuerza del tiempo. La narración externa de la historia se combina con la voz de la protagonista, y con las voces “lejanas” de los periodistas: cuarenta y un veces, la estructura formal de la escritura es “violentada” por la realidad. La voces del narrador y del protagonista, en un contrapunto escritural, se desplazan entre las dos primeras partes de la novela. La última parte, de la misma, es el retorno a la muerte.

Las noticias se suceden a través de fragmentos, como si copiara la idea del tiempo roto, dividido en mil pedazos. Noticias para ser leídas después, ya que la simultaneidad de los hechos sólo favorece al lector. Noticias que preceden y dan la bienvenida al nuevo siglo. Una fisura temporal entre el XX y el XXI está comenzando a cerrarse, gracias a la escritura. Personajes y voces traspasando el tiempo entre siglo, como si la inmortalidad sólo pudiera ser atrapada en la palabra, y no quede más que apoyarse, refugiarse en lo sobrenatural. La palabra mágica que evoca el mundo, que lo crea,

aunque podamos pensar en que es el mundo el que crea la palabra, con sus propios significados.

Así mismo, la novela contiene además, de noticias, cartas amorosas, que alimentan el recuerdo inerme del pasado. Un tiempo ido, pero que satisface al presente, y por qué no, que prefigura el futuro. Las cartas, eliminan el velo invisible que separa los tiempos, expresiones sentimentales que vas más allá del sentimiento mismo, pues en ellas anida del valor del ser humano, que tratar de asirse del corazón para no caer en la sinrazón. Espacio ilimitado donde la ausencia se hace presencia con la palabra: “La casa está vacía sin ti, sin tus ojos verdes que yo adoro, sin tu amor exaltado, tierno, romántico, apasionado, sin esa serenidad tuya que ilumina cada uno de mis pasos” (233). Termina diciendo, evocando como si los textos fueran el oráculo que se debe consultar para romper las fronteras el tiempo. Pues, “Nadie escribiría hoy en día una carta así, ¿saben? Se sentiría ridículo” (233), e inmediatamente después pregunta “¿*El amor es sólo un código, entonces?*”. Muestra clara, que el romanticismo de las cartas forma parte de un pasado propio, es decir, ya pasó su tiempo, el mundo es distinto, quizás no haya evolucionado realmente, sino cambiado, pero ¿para qué?

De discursos políticos, mejor dicho, un discurso, que reemplaza a muchos, también fragmentado, pues la voz, fluye cortada a través de las páginas, una voz que se escucha, pero que no se atiende, palabras lanzadas al viento, puestas en cometas que transitan el cielo, mientas, momentáneamente ha dejado de llover. Palabras que conforman el hilo..., “la voluntad soberana de la masa, verdadero órgano decidor de la destinos de un país, injustamente relegada en nuestro suelo” (242). Discurso reflejo del país que “aún” temeroso ve hacia el futuro, pues el presente parece ser que se ha emponzoñado como la naturaleza que se acomoda en el mundo. Y afuera (de nosotros mismos), ha vuelto a llover.

Igualmente, la memoria es alimentada con imágenes que tienen la facultad de detener el tiempo, fotografías que se convierten en mágicas, pues al igual que las palabras, generan recuerdos, reminiscencias y proyecciones: “La clásica fotografía que capta el derroche de la cola del vestido de novia, el largo velo extendido desde el moño salpicado de flores. Te quisiera ver un día de blanco caminando hacia el altar, Adriana, te había dicho Fernán alguna vez, sólo para enardecer tu gesto de desdén” (199). La imaginación vuela, estableciendo relaciones entre imágenes y realidades. El cuerpo de la novia, es la montaña; la larga cola del vestido, es la mezcla de agua, hierba y piedras que desciende desde la montaña; el velo, el la lluvia pertinaz, constante, que evita ver más allá de donde alcanzan los sentidos; y el moño salpicado de flores, como la luz que destella detrás de la montaña. Entonces, Adriana, será sacrificada a Cronos, a través de la palabra, de Morfeo: “La muerte se exhibía como nubes esponjosas que te llevaban y te traían y te alejaban en un movimiento infinito” (288).

En consonancia con el producto de la cámara fija, está la cámara que recoge los movimientos de la realidad. La televisión revierte la voz que trae el discurso, y la radio eco simultáneo de la voz televisiva. La cajita “mágica” parlorea fuertemente en

contraste con el leve descenso de la lluvia tras el telón de fondo (la bandera de la patria). La cámara se mueve entre ríos que han cambiado la geografía de la nación, y “la hecatombe de gritos cruzados que escupían más sangre y más lodo que se iba volviendo púrpura” (239), entre las siluetas de cadáver insepultos, puestos en desorden y sin debilidades sobre el asfalto (símbolo de modernidad) que ha dado paso al fango y al lodo producido por la lluvia que sigue cayendo imperturbable; y el mar, que impetuoso trataba de devorar la tierra, su playa, simulando encías, retraía las olas (las fauces del mar), como si evocara el comienzo pretérito del orden del mundo.

La variada intervención de voces, en un momento dado de la novela, se sucede como una obra de teatro, de hecho, las intervenciones de los actores, en el texto, están marcadas con su respectivo nombre. Señal que facilita la especificidad que se le quiere dar a cada voz. La voz de Gustavo (la acción militar hacia la sociedad civil), la de Mateo (en simultaneidad, la defensa del policía “buena gente”), la de Maruja (el sensacionalismo de la prensa), la de Gabriel (la acción política y gubernamental), la de Florencia (la duda sobre la verdad de todos), la de Aurelio (la delincuencia oportunista del mal ajeno) y la de un amigo (la voz anónima). Se suceden en diálogo tragicómico que se sucede, según la acotación, en la sala, el comedor o el balcón que da al jardín.

Recapitulando, *Noche oscura del alma*, es un ejemplo de proceso en la escritura, donde la sensorialidad del escritor se pone a prueba, no por lo que pueda sentir de sí mismo, sino por lo que pueda decir de los demás. La voz de la autora se convierte en el eco de la memoria colectiva. Una memoria que no olvida, pues la escritura se convierte en la herramienta para que el lector siga enlazando sombras; siga el recorrido de los hilos que se entrecruzan como las calles de una ciudad ya no moderna, ya no contemporánea, pero sí quizás “postmoderna”. El lenguaje de la novela está caracterizado por ser capaz de renovar el mundo, fluyen los términos, se combinan, se amalgaman, todo en beneficio del lector. Más allá del texto, está quien lee, con sus propios temores del tiempo, con sus propias culpas en la memoria; y con sus propios recuerdos, que lo llevarán de la mano hacia la luz del día, esa que está más allá de las tinieblas.

La intertextualidad de la novela hace de sus tres partes -...*Porque va borrando el agua lo que va dictando el fuego; Sigue un lento caer de horas inútiles, despedidas del tiempo; Pero volvamos con muerte y todo a la mar llena*-, el mejor escenario para que la filarmónica de voces humanas, se combine con la sinfonía de la naturaleza. Escritos múltiples aparecen en la novela: en diálogo directo con la voz del periódico, mientras la televisión y la radio como eco. El lenguaje se distribuye según la forma de la escritura. Las marcas tipográficas ayudan al lector, para que su recepción, a diferencia de la “desordenada” lluvia, se realice sin sobresaltos. Voces combinadas que caracterizan un momento de la literatura, en el cual, las fronteras entre los géneros literarios o los tipos de escritura, se han eliminado. Ya no se

habla de la distancia entre los estilos de escritura, sino de la confluencia, que provoca resultados como *Noche oscura del alma*, tercera novela de Carmen Vicente, pero no la última, pues la pluma, aún nerviosa, recoge la tinta, aún tibia, para contar-nos otra historia.